


Reseña

Neiman, S. (2023). *Izquierda ≠ woke*. Random House.

 Karen Glavic¹

Izquierda no es woke podría ser perfectamente un libro que no tratara sobre “el fenómeno *woke*”. De hecho, entre apariciones precisas y concretas, la discusión más bien gira en torno a la Ilustración, los universales y el poder. Lo *woke* fluctúa entre definiciones, pero una primera toma de posición de Neiman apunta a que el fenómeno es una política de símbolos, que aparece junto al fenómeno ¡Despierta!, muy extendido en los Estados Unidos. El primer problema que Neiman plantea es que la izquierda ha abandonado el compromiso con los universales, y es de su particular interés la Ilustración y la figura de Kant; de hecho, sitúa el fin de la Ilustración con la muerte del filósofo. Tanto él como otros intelectuales de la época habrían dejado establecidas las bases para un universalismo –en general– no colonial ni racista, pero que sí fue bastante injusto con las mujeres: es sexista, aclara la autora.

Varios críticos van apareciendo poco a poco en el argumento de la autora, quien lamenta que figuras como Frantz Fanon hayan centrado su mirada en la relación entre lo universal y lo particular, sin observar más detenidamente las virtudes teóricas de la Ilustración. Malas lecturas o lecturas a la rápida son las que habrían originado un desprecio por lo universal para desembocar en una política tribalista, identitaria y victimista que nos hace anclarnos al pasado. Nada de esto sirve para una política de izquierdas que aspire al progreso, si no que, al contrario, alimenta que grupos pequeños sumamente identificados consigo mismos y sus sufrimientos, horaden la posibilidad de pensar el futuro.

Como no es suficiente con el tribalismo, lo *woke* es inspirado por una mala teoría. Y allí es particular el interés de la autora sobre Michel Foucault, culpable manifiesto de que los *woke* crean en los discursos de poder y afirman que éste está en todas partes, y que con ello sea imposible delimitarlo. El problema es importante porque este aparataje teórico no sirve para ser crítico del neoliberalismo, pues la subversión también se dispara en cualquier dirección. Repasa varios textos de M. Foucault y lo señala en el peor de los casos como “cruento”, pero sobre todo reduce el argumento en torno a la tecnificación del castigo desde la época clásica, a una suerte de necesidad de elección entre el castigo clásico o moderno. Cómo si hubiera que elegir desvía el trabajo de Foucault hacia una paradoja exagerada e injusta.

La autora en un principio nos dice que el libro es un desahogo, y que no pretende ser precisa conceptualmente, pero es fácil intuir que es un libro lo suficientemente lleno de anécdotas como para leerse rápido, enojarse y tomar trincheras: universalistas versus tribalistas, izquierdistas versus *woke*, progresistas versus melancólicos, y otros posibles binarismos.

¹ Doctora en Filosofía, Universidad de Chile. karenglavic@gmail.com.

Neiman recalca varias veces: sin universales no hay política de izquierdas que avance hacia el progreso. Cuesta no ver una discusión que desde los Estados Unidos se ha montado muchas veces en contra de la “filosofía continental” tildándola, como poco de especulativa, y, por supuesto, de inmoral (y allí quien mejor que Foucault para retratarlo entre su interés por la tortura en los aparatos de seguridad de la época clásica).

Judith Butler también es ubicada entre los ideólogos no conscientes de lo *woke*, y también Nieman hace alusión, como en M. Foucault, al concepto de subversión. Nuevamente, no es de importancia para la autora desarrollar de manera precisa los argumentos y desarrollo teórico de J. Butler, cuestión que es lamentable, porque, sin duda, sería de utilidad conocer el lugar que tiene el orden simbólico para Butler lo que ayuda a circunscribir la subversión en un ámbito normativo a desafiar por el sujeto; ni menos la vuelta ética para pensar la vulnerabilidad, que es muy distinta a una política de la víctima. Otra vez, es difícil no ver aquí, una suerte de encono más o menos extenso de los sectores conservadores, que no solo tildan a J. Butler de exagerar en recovecos teóricos, sino que también la culpan de cierta decadencia moral en torno a los sexos por sus escritos en torno al género.

Los universales requieren de una teoría de la justicia acorde a su importancia para la humanidad y la teoría, y allí la autora se ocupa de insistir en que solo con una categoría ética de lo humano, con la posibilidad de pensar en un poder delimitable, y la vuelta de la esperanza en el progreso, se puede constituir una izquierda que no caiga en problemas identitarios y se proyecte universal. En el fondo, cuando todos seamos considerados iguales vamos a avanzar en derechos, sin contemplar o al menos insinuar como podría concretarse esto más allá del plano filosófico.

Hacia el último capítulo, Susan Nieman ya define más concretamente lo *woke* y le atribuye ciertas prácticas como “la cultura de la cancelación”, “la insistencia en la pureza”, “la intolerancia a los matices” y “la preferencia por lo binario”. Además de afirmar que los *woke* serían “niños desengañados” de la era Obama, señala que operan con categorías de la derecha y no logran proponer alternativas porque los moviliza la ira. La ira es necesaria para dar paso a la justicia, afirma la autora, porque cuando vemos distorsionado su sentido podemos reaccionar. Pero lo *woke* además de no conocer a sus teóricos de cabecera tampoco es capaz de habitar un tiempo que no sea su propio tiempo. Los *woke* están alienados en su propia incapacidad de ver más allá de su identidad y de los teóricos que los inspiran (con o sin saber conscientemente). Y es “que ninguna nación puede alimentarse solo de malos recuerdos”, apunta Nieman, avanzar hacia el progreso significa dar vuelta la página.

Después de un gran paseo por lo correcto y lo incorrecto, pero no por las ideas que efectivamente podrían ayudar a la izquierda a construir un futuro deseable, Neiman en un nuevo desahogo, se sincera: “Hay que construir un Frente Popular”, cuestión que se agradece en cuanto ofrece una salida política para la crítica teórica, pues entre Butler, Foucault, la crítica a Heidegger por su compromiso con el nazismo, y a Chantal Mouffe por su vuelta a Carl Schmitt, la crítica del libro sobrevuela discusiones conocidas para las izquierdas, es decir, lo *woke* ocupa el lugar que antes se le dio a lo “posmoderno”, o a lo “meramente cultural”.

Neiman busca hacer de su libro un compromiso con el progreso y retoma los valores de la Ilustración para ello. Enfatiza que la izquierda debe ser capaz de movilizar a las personas para gestionarse mejores condiciones de vida, y que debe cambiar su aparato teórico si quiere escapar del tribalismo y la reivindicación minoritaria. El problema es que no parece un mejor intento que otros de reducir las complejidades filosóficas a un libro “legible por todos”, incluso afirmando que Kant, Voltaire o Rousseau hablaban para todos y no “en jerga”, como los filósofos contemporáneos.

Y, por supuesto, sería útil y urgente que la filosofía piense en sus formas de divulgación, de modo, de estar en el mundo, señalar las contradicciones de determinadas prácticas, y ofrecer

espacios de crítica y pensamiento en común, pero no parece que apuntar autores sea lo más efectivo para pensar el futuro. De hecho, procesar sus complejidades y contradicciones, es más parecido a lo que Nieman reclama como necesario para la izquierda. Si lo *woke* no quiere matices, el libro no se ocupa de ellos en los autores que aborda, si lo *woke* es preferencia por lo binario, elegir entre universales o tribus, como plantea la autora, tampoco ofrece muchas alternativas.

Hay tanta letra ya escrita, que pretender con renovadas nomenclaturas retomar antiguas discusiones, no solo no resulta novedoso, sino que se convierte en una pelea gremial. Para ser capaces de pensar un futuro desde la izquierda, por cierto, debemos pensar en la vida y muerte de las utopías, pero la preferencia del héroe por sobre la víctima para alejar el pasado, no va a suponer hoy que la esperanza recubra al odio, como plantea Nieman. No ser capaces de mirar el mundo en que vivimos y ubicar sus contradicciones no es problema de los *woke*, desear lo que nos aliena no se borra de un plumazo, ya lo dijo con precisión Karl Marx, quien nació justo dieciséis años después de la muerte de Kant. No hay alusión a estos postulados como herencia para la izquierda, la anhelada Ilustración de Nieman le hace una finta al gran problema de las izquierdas en doscientos años: ¿volver o no volver a Marx? En su ausencia se intuye que el asunto es, más bien, olvidarlo por completo.